bor de Talavera en el obispado de Ávila como una preparación de su futuro destino granadino, analizando los problemas suscitados con las comunidades no cristianas, incluido el dramático auto inquisitorial del Niño de la Guardia del que Talavera se mantuvo al margen. No lo estuvo, sin embargo, de la institución inquisitorial, cuya versión episcopal apoyaba –según la autora– de acuerdo a un escrupuloso respeto por la jurisdicción eclesiástica, y no porque defendiera una inquisición blanda como proponen otros autores.

El último apartado del libro está dedicado a la figura de Talavera como primer arzobispo de Granada. Se describe su incansable actividad en la reorganización del espacio granadino, la financiación de la Iglesia, las relaciones con los mudéjares y el esfuerzo pastoral que desplegó. La autora describe los mecanismos sincréticos empleados por el prelado aceptando formas culturales de la población mudéjar. Como precisa la autora, se trataba de comprender realmente el Islam para poder estimular una auténtica conversión desde dentro, tal y como había propuesto Juan de Segovia en las aulas salmantinas. Después vendría el trágico proceso inquisitorial sufrido por el arzobispo y la sentencia absolutoria que llegó poco antes de morir.

Nos hallamos por tanto ante un trabajo denso y bien escrito, particularmente atento al ambiente cultural en el que se desarrolla la labor y el pensamiento de Talavera. En este sentido la obra supera los límites de la biografía al

adentrarse en los complejos debates políticos y religiosos que encuadran y explican la genialidad de su proyecto. En el trabajo, no obstante, hay que señalar ciertas lagunas bibliográficas que habrían enriquecido las reflexiones e introducido importantes precisiones sobre el itinerario personal y su red de amistades; nos referimos a los estudios de Michele Olivari, Alan Deyermond, Miguel Ángel Ladero Quesada, Ronald E. Surtz, Francisco Javier Martínez Medina, Jesús Suberbiola Martínez y las aportaciones José Fradejas Lebrero que no aparecen citadas. Aunque desde el punto de vista documental, la autora examina correctamente las fuentes publicadas, se le ha escapado algún documento interesante como la *Exortación hecha por el prior del Prado a dos caballeros catalanes llamados Semenete y Margarite* que tuvo la ocasión de publicar, donde Talavera ofrece una interesante reflexión sobre la violencia nobiliaria y la práctica tan extendida de los desafíos.

La obra de Iannuzzi ofrece sin duda una aportación muy sólida al personaje, tanto por la amplitud de su análisis como por las perspectivas novedosas que ofrece. Por ello puede decirse que su publicación no sólo constituye un jalón importante en la historiografía del arzobispo de Granada, sino un sugestivo estudio sobre el rico ambiente intelectual en el que se fraguó el proyecto político de los Reyes Católicos.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA
Universidad de Navarra

Hélène MILLET, *Le concile de Pise. Qui travaillait à l'union de l'Église d'Occident en 1409?*, Brepols, Turnhout 2010, 443 pp.

Entre 1378 y aproximadamente 1440, la Iglesia y el Occidente cristiano en general viven en una etapa de extraordinaria convulsión cuya manifestación más visible es

el Cisma de Occidente: la división de la Cristiandad en dos obediencias enfrentadas cada una de las cuales reconocía como legítimo a un pontífice propio. En la pri-

mera década del siglo XV y tras largos treinta años de división, la convocatoria de un concilio, entendido como representación de todos los creyentes del orbe católico, se presentaba como la vía más factible para neutralizar los conflictos entre avignonistas y romanistas, así como el modo de frenar la autocracia de los pontífices que había llegado a unos límites intolerables. A partir de ese momento embajadas y esfuerzos diplomáticos circulaban entre la Roma de Gregorio XII y Avignon de Benedicto XIII. Pisa será el primer intento y a la vez un auténtico fracaso. Pero tanto este concilio de 1409 como años después Constanza iban a suponer el paulatino triunfo de las teorías conciliaristas que pondrán en difícil situación la cuestión de la jerarquía eclesiástica y que a la larga debilitarán la autoridad del pontífice.

En esta obra H. Millet aborda este complejo periodo de la historia de la Iglesia medieval desde una nueva perspectiva metodológica que deja atrás los tradicionales planteamientos historiográficos que incidían fundamentalmente en la urgencia por etiquetar la verdadera autoridad en contraposición al «impostor» o antipapa. De manera que son los protagonistas, los individuos que por parte de las dos obediencias asistieron a esta asamblea eclesiástica, quienes nos ayudan a comprender este acontecimiento, el concilio pisano, perfectamente contextualizado en lo que comúnmente conocemos como el Cisma y que finalizará con una vuelta a la unidad. La meticulosa investigación histórica de la profesora Millet permite a través de un trabajo de recopilación y comparación de las fuentes, en este caso se trata de las numerosas y contradictoria listas de asistentes, rescatar del anonimato a los verdaderos protagonistas de este

acontecimiento que aunque no contó con la unanimidad si logró reunir a la mayor parte de las dos obediencias. En esta línea el valor máspreciado de este estudio lo constituyen el número de individuos, su procedencia y sus categorías, en especial el caso francés analizado con mayor lujo de detalle en cuanto a su composición social, su preparación intelectual y su formación cultural. Por otro lado el «corpus» central del volumen es la edición del manuscrito conservado en el Archivo del Estado de Turín, que contiene una de las listas de asistentes, pero también la elaboración por parte de la autora de los índices de nombres y lugares, como las notas para la identificación de los individuos fruto de su trabajo prosopográfico. A nuestro juicio el auténtico logro de la autora una vez más es conseguir enmascarar el método prosopográfico, que a priori puede parecer exclusivamente cuantitativo, en la exposición de su obra donde además se exponen dos presupuestos fundamentales que se articularon en este controvertido espacio temporal de la Historia de la Iglesia y fueron fruto de una reflexión de fondo sobre la naturaleza del cuerpo eclesial: la legitimidad y la representación del concilio general. En definitiva este volumen es una lección magistral que evidencia como la prosopografía debe ser sólo un método para conseguir un resultado científico. Y en palabras de Hélène Millet el concilio de Pisa fue una amalgama de representantes de muy variado estatus, de todos los países y provincias eclesiásticas, que ejercieron diferentes poderes y desempeñaron distintos roles tal y como es característico del cuerpo eclesial.

Ángeles GARCÍA DE LA BORBOLLA
Universidad de Navarra